



EN MEMORIA DE DON JUAN VALERA

O. C. Tomo X

7-35

La revista "Raza Española" (Columela, 4) ha abierto una suscripción para levantar en Madrid un monumento a don Juan Valera y según nota que recibimos van recaudadas ya 8.675 pesetas, lo que no es mucho. Entre el Rey, el Senado, el Congreso, la Real Academia Española y el Banco de España han dado 8.500.

¿Recordar ahora al padre de "Pepita Jiménez", a quien el conde de las Navas llama tesorero de la Lengua Española aquende y allende los mares? No, recordarle no, pues que ninguno, no ya de la lengua, del espíritu español, ha podido olvidarle. Y del espíritu español en sus más nobles y más profundos sentido y alcance, del espíritu común a los pueblos todos que piensan—y por lo tanto sienten—en la lengua de Cervantes y de Valera. A lo que hay que añadir en estos tiempos en que vuelve el viejo y sobado estribillo de la unión hispanoamericana y de la necesidad de fraguar más recias y más entrañables ataduras entre las naciones todas de lengua española, que nadie acaso labró más en esa obra que el autor de las "Cartas americanas", don Juan Valera.

Le conocimos y tratamos personalmente desde que nos otorgó con otros, presididos por el gran don Marcelino, la cátedra en que venimos treinta años sirviendo a la enseñanza pública oficial, y no debemos ocultar este motivo de personal gratitud. Pero no es menos personal la que como españoles le debemos —y se la deben los demás— por lo que enalteció el nombre de la patria y enriqueció el tesoro de su tradición literaria y el caudal de su sabiduría popular.

¿Popular? A no pocos lectores les sorprenderá este calificativo, de que tanto se abusa, aplicado a don Juan Valera. El haber sido aristócrata, diplomático, erudito y académico ha hecho que no se haya querido pecar mucha gente del riquísimo y casticísimo fondo de vena popular, genuinamente popular, que había en nuestro don Juan. Valera fué pueblo y mucho más pueblo que otros que están hablando continuamente en su nombre sin que nadie les haya dado esa representación popular, Valera fué pueblo porque fué hijo de un pueblo en que apenas hay plebe, de un pueblo en que el último pegujalero, el más menesteroso zagal muestra una aristocracia de raza. Y hasta podríamos añadir que diplomacia, erudición y academicidad.

Representaba y encarnaba a un pueblo nada plebeyo, a un pueblo en que hasta los harapientos mendigos parecen nobles hidalgos; era de un pueblo prócer.

La cultura de don Juan era exquisita y variadísima, de lo que pudimos darnos cuenta los que le tratamos y se conocía a las veces más en lo que callaba que en lo que decía. Don Juan es uno de los escritores españoles que menos disparates ha escrito, lo que se debía a lo mucho que sabía de muchas cosas de que nunca escribió de propósito y a la clara conciencia que, por lo tanto, tenía de lo mucho que, como todos, ignoraba. Lo que se llama discreción. Y esta discreción, que le libró de petulancia y de pedantería, era también de origen popular, del más castizo y genuino abuelengo popular.





¿Escéptico? Acaso no tanto como parecía a primera vista. Porque aquel hombre — era todo un hombre — tuvo su fé y hasta su pasión y su entusiasmo. Pero le tocó vivir en días de general decadencia del espíritu público, encontróse con que este espíritu no respondía adecuadamente a hondas inquietudes del suyo y tuvo que adoptar el tono que menos chocara con aquél. Entre inquisidores de uno y de otro campo contrapuestos, entre fanáticos de la derecha y de la izquierda — y hasta del centro — él, don Juan, liberal de verdad — lo era de raza y de tradición de familia —, comprensivo, tolerante, católico en el sentido etimológico de este vocablo, es decir: universal, tuvo que adoptar como arma una cierta ironía más renaniana que volteriana.

¿Que le gustaba guasearse? ¡Sin duda! Pero la guasa de don Juan Va-

lera, era como la del pueblo aristocrático de que procedía y en cuyo seno se formó; una guasa que es tolerancia y es indulgencia y es cariño y es piadosa estimación de las flaquezas humanas. Lo que no excluía, cuando era del caso, el juicio severo.

Don Juan nos ha dejado un tesoro de placeres permanentes, ya que según el poeta inglés una cosa de belleza es un goce para siempre. Y en días de turbonada, cuando el vendaval — palabra no académica — azote nuestros corazones nos será un descanso leer sus libros y respirar aquel soplo de serenidad andaluza. En que no falta su grano de sal de la inquietud eterna.

La gloria de don Juan no ha sido ruidosa y batallona, sino, como la de su genio, discreta, reposada y tranquila. De otros se habla más que se les lee, a él se le lee más que de él se habla. Y es porque no fué banderín de nada. Ni vino a separar, sino a unir. A unirnos en el culto a la

belleza y al arte.

Y a unirnos en él a todos los que pensamos y sentimos en lengua española.

¡Ah, si Rubén Darío pudiese levantar de tierra su luminoso cerebro — un cerebro que era corazón — qué cosas no diría a los americanos que piensan y sienten en la lengua de don Juan Valera para moverles a honrar en bronce o mármol la memoria del que acaso primero supo proclamar la grandeza del cantor de las “íclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda”!

¿Y no tomará en esto alguna iniciativa el Ateneo de Madrid, de que fué don Juan socio activo y asiduo, en cuyas discusiones le oímos tantas veces y en el que vivió y laboró horas tan intensas? A pocos debe más que a Valera el espíritu tradicional ya del Ateneo de Madrid.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo el más perspicaz catador del espíritu hispánico, de la españolidad espiritual, sintió siempre veneración por don Juan. Y no era que le cegase el afecto personal, no, ni la gratitud a lo mucho que de él había aprendido, sino era que sintió en Valera uno de los maestros seculares de la íntima filosofía popular española, de la castiza sabiduría práctica, discreta, tolerante, comedida, del pueblo de Séneca, de Vives, de Cervantes...

Vivimos días de brega, de verdadera guerra civil — y en ella hace, como el que más, de guerrillero quien esto ahora, lector, te dice —; pero si en una tregua del combate podemos comulgar en algún acto de culto común, uno de ellos ha de ser el de contribuir a que se incorporen en broncea o mármorea forma artística la gloria y el recuerdo públicos de don Juan Valera.

MIQUEL DE UNAMUNO

